

ESCRIBIR(SE) CONTRA EL “LENGUAJE DEL OPRESOR”: LAS APUESTAS DE DOS ESCRITORAS FEMINISTAS DEL SUR

*Writing against “the Oppressor’s Language”:
The Challenges of Two Feminist Writers
from the Global South*

Sabrina S. YAÑEZ

INCIHUSA, CCT CONICET Mendoza
ssyc19@gmail.com

Fabiana Hebe GRASELLI

INCIHUSA, CCT CONICET Mendoza / U. Nacional de Cuyo
fhebeg@hotmail.com

Resumen

En este ejercicio interpretativo nos proponemos abordar textos escogidos de dos pensadoras feministas contemporáneas del Sur, Gilda Luongo (Chile) y val flores (Argentina). Nos lanzamos tras las huellas de sus conceptualizaciones acerca de las formas en que mujeres y lesbianas logran articular sus narrativas en lo que reconocemos como “el lenguaje del opresor” (siguiendo a Adrienne Rich, Dorothy Smith y Audre Lorde). Indagamos en las apuestas/propuestas de las dos autoras, explorando, por un lado, sus modulaciones de la tensión entre experiencias y lenguaje feministas, que se manifiesta en una escritura de insumisión anclada en una corporalidad conmovida por los momentos históricos y las coordenadas espaciales. Por otro lado, pretendemos develar la función genealógica de la intertextualidad feminista/lesbiana, que conecta los textos escogidos de las autoras con los escritos de

feministas de otros tiempos y espacios, sedimentando la posibilidad de un “cuarto propio” compartido en el lenguaje.

Palabras clave: experiencias, escritura feminista/lesbiana, genealogías feministas/lesbianas, val flores, Gilda Luongo

Abstract

In this interpretative exercise we engage with selected texts by two contemporary feminist thinkers –Gilda Luongo (Chile) and val flores (Argentina). We seek after the traces of their conceptualization regarding the ways in which women and lesbians inscribe their/our narratives in the “oppressor’s language” (following Adrienne Rich, Dorothy Smith and Audre Lorde). We look into their challenges and proposals in a double search. On the one hand, we inquire into their negotiations of the tension between feminist experience and language, which manifests itself in a rebellious writing, grounded in corporeality and unsettled by their historical and spatial locations. On the other, we set to unveil the genealogical role of feminist/lesbian intertextuality, which connects the selected writings with the works of feminists from other times and latitudes, thus laying the grounds of a shared “room of one’s own” in language.

Keywords experiences, lesbian/feminist writing, lesbian/feminist genealogies, val flores, Gilda Luongo

una época de largo silencio
alivio
procedente de esta lengua [...]
el conocimiento del opresor
éste es el lenguaje del opresor
y sin embargo lo necesito para hablarte
[...]

Escribo a máquina por la noche, tarde, pensando en hoy. Qué bien
hablábamos todos. Un lenguaje es un mapa de nuestros fracasos. [...]

La máquina de escribir está recalentada, mi boca arde, no puedo
tocarte y éste es el lenguaje del opresor.

(Adrienne Rich, *Arden papeles en vez de niños*, 1968)

1. Introducción

En este ejercicio interpretativo nos proponemos abordar textos escogidos de dos pensadoras feministas contemporáneas del Sur: Gilda Luongo (Chile) y val flores (Argentina). Los textos elegidos para este ejercicio incluyen el escrito de val flores “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política” (2010), que fue seleccionado de entre su profusa y atrapante producción porque se centra específicamente en los vínculos entre escritura, experiencia, política y deseo; y los textos de Gilda Luongo “Escritura y mujeres. Una revuelta estridente/silenciosa” (2015) y “Desplazamientos: escrituras/diferencia sexual/memoria/política” (2017), que asumen el desafío de pensar críticamente la escritura de mujeres en su entrelazo con la ética y la política.

La alusión al “lenguaje del opresor” viene originalmente del poema “Arden papeles en vez de niños” (1968), del poemario *La voluntad de cambiar*, de Adrienne Rich¹ con el que iniciamos este trabajo. Allí, la poeta feminista estadounidense combina prosa y verso, hilando testimonio personal cotidiano y registro crítico de una época de revuelta. A través de un ejercicio intenso y de a ratos tortuoso, va desanudando las cargas coloniales y patriarcales del lenguaje heredado y ensayando otras formas de enunciación de la experiencia personal y colectiva.

La apuesta de Rich ha sido retomada por otras poetas y pensadoras feministas de los 70s para dar cuenta de las dificultades que encuentran/encontramos las mujeres y las/os disidentes sexuales y de género para inscribir nuestras/sus experiencias en el lenguaje androcéntrico y colonizador disponible. Las mujeres nos encontramos atrapadas en una situación paradójica según la cual estamos situadas como sujetos hablantes en un lenguaje que nos ha construido como objetos. Sin embargo, los decires feministas vienen ejercitando la potencia para desplazar, a la luz de los distintos escenarios históricos,

¹ Hemos tomado, con algunos ajustes, la traducción del poema que aparece en la compilación hecha por Soledad Sánchez Gomez para la Editorial Renacimiento (2002).

las fronteras entre lo dicho y lo no dicho, entre nuestras experiencias y la posibilidad de nominación. Es la huella de esa apertura, esa brecha, esa insistencia, esas posibilidades que instala la palabra feminista lo que hemos rastreado en nuestro ejercicio de lectura.

Luego de realizar una reconstrucción de las conceptualizaciones feministas sobre “el lenguaje del opresor”, nos abocamos a leer bajo esas iluminaciones, los textos de Val Flores y Gilda Luongo. A los efectos analíticos, abordamos ese ejercicio de lectura desde dos entramados conceptuales que no son excluyentes entre sí: por un lado, la tensión entre experiencia y lenguaje feministas; y, por el otro, la función genealógica de la intertextualidad feminista/lesbiana.

2. Revelando y tensionando los límites del “lenguaje del opresor”

Buena parte del trabajo feminista desde la década de 1970 ha consistido en revelar y trascender el difícil vínculo entre experiencia de mujeres/disidentes y lenguaje. En su trabajo “El uso del lenguaje del opresor”, presentado primero como ponencia en 1978, la socióloga feminista canadiense Dorothy Smith se basa en ideas/imágenes/evocaciones de poetas feministas para un ejercicio de análisis de los mecanismos del lenguaje androcéntrico. Así, la autora retoma a la poeta norteamericana Sylvia Plath, que describe a los hombres como creadores de “ángeles fríos”: las abstracciones. Dorothy se propone analizar y conjurar esos ángeles fríos. A lo largo del texto, se demuestra el efecto objetivador y exteriorizante que tiene el lenguaje del opresor, institucionalizado en las disciplinas del conocimiento y las fronteras entre ellas. No se trata solamente del lenguaje en sí sino también del método para utilizarlo, que según la autora “es un modo de expresión que nace y muere en los textos, por lo que los mundos vivos y vividos de todos los días desaparecen de vista” [Smith: 49]. En contraposición, plantea que el carácter interdisciplinario del feminismo puede ser un antídoto contra la organización textual de las disciplinas. El feminismo debe habilitar un lenguaje directo e inmediato, surgido de la experiencia, capaz establece otros tipos de relaciones entre las personas. La autora

agrega que “no sólo necesitamos un lenguaje diferente sino también un método diferente, que no nos separe de las otras personas, interponiendo los ‘ángeles fríos’ de las abstracciones” [Smith:69].

También para Adrienne Rich, en sus ensayos sobre la relación entre mujeres y literatura, el problema del lenguaje se presenta como una cuestión central para nuestros procesos de emancipación, y por ello, la reflexión feminista insiste en la búsqueda de un modo de decir que entable una disputa cuerpo a cuerpo con el lenguaje hegemónico y patriarcal. En sintonía con Audre Lorde, cuando señala que los silencios de las mujeres son traiciones a nosotras mismas negociadas con los terrores que nos infunde la opresión, Rich se esfuerza por explorar en “lo proscrito” del lenguaje, en los restos de discurso que sobreviven a las experiencias de violencia. Asimismo para Lorde, el momento de re-subjetivación singular y colectiva, en que se descubre que los miedos y silencios no nos han protegido, re-actualiza el recurrente problema de las “palabras prestadas”, las que no nos nombran, la que nos ocultan, las que nos obligan a identificarnos con la cultura patriarcal. La posibilidad de una re-subjetivación político-feminista se enlaza con la búsqueda incansable de las nominaciones propias, porque todas las mujeres están/estamos unidas en “la guerra contra la tiranía del silencio” [Lorde :6]. “¿Qué palabras son esas que todavía no poseéis? ¿Qué palabras necesitáis decir?” pregunta Lorde en *La Hermana , la extranjera* [7]. Y Adrienne Rich dialoga con ese interrogante en un texto también escrito en 1984 partiendo de la constatación de que los grupos sociales que viven bajo una cultura dominante que tiene el poder de nombrar y producir imágenes necesitan crear lenguajes que puedan resistirlo [Rich, 1984:171]. “Las mujeres hemos entendido que necesitamos un arte propio: para que nos recuerde nuestra historia y lo que podríamos ser, para mostrarnos nuestras verdaderas caras, todas ellas, incluyendo las inaceptables; para hablar de lo que se ha amortiguado con códigos o con silencios” [178]. Se trata de hallar decires articulados “en el punto de cruce entre lo personal y lo político”, para expandir “a empujones” los límites de la discursividad hegemónica [177], dando lugar a una escritura encarnada, producida desde el cuerpo y la experiencia de las mujeres.

3. Las palabras que insisten: escritura y sexuación

Adrienne Rich en su ensayo “Sangre, pan y poesía” (1984) revisa su propio gesto escritural estético-político trazando una suerte de autobiografía de poeta feminista. De este modo persigue los rastros de la sexuación como marca del discurso. La escritura como búsqueda inacabada de lo que “no podemos nombrar todavía”, “de los residuos de lo proscrito” [Rich, 1984:171] se manifiesta en la necesidad-deseo de dar palabra a la corporalidad y a las experiencias de mujeres. Esa pregunta por la narración de la experiencia sexuada impregna los textos de flores y Luongo. Gilda asedia su propio pensar cuando se interroga ¿en qué condiciones podemos escribir las mujeres? ¿existe la posibilidad efectiva de legitimar las voces de las escrituras múltiples vinculadas a la diferencia sexual, racial, de clase? [Luongo, 2015]. En ese sentido, se vincula con las preocupaciones de val cuando ésta se pregunta ¿qué significa escribir contra sí misma? [flores, 2010]. Las respuestas que hilvanan las autoras se articulan en una tensión que se configura como propuesta siempre transitoria, haciendo gravitar sus sospechas, intentos, apuestas en torno a lo que hemos identificado como un ideologema² compartido en su trabajo escritural: *la escritura política feminista*.

En su escritura val flores anuda la palabra al cuerpo, y en esa operación posibilita un habla modulada desde la experiencia de una existencia encarnada, consciente de sus condiciones históricas y de las huellas que sobre los cuerpos imprimen las desigualdades soportadas en el marco de las relaciones sociales hegemónicas capitalistas y patriarcales. Se trata de una práctica que busca fracturar los sentidos afirmados en nuestras subjetividades transidas de tensiones/

² Los ideogramas son lugares comunes que integran sistemas ideológicos más amplios, es decir, condensados ideológicos que funcionan como presupuestos y que pueden realizarse o no en el discurso. En otras palabras, las diversas zonas que conforman el discurso social parten de ideogramas compartidos los cuales funcionan como principios reguladores subyacentes a los discursos a los que confieren autoridad y coherencia. Angenot define al ideograma de la siguiente manera: “Llamaremos ideograma a toda máxima, subyacente a un enunciado, cuyo sujeto lógico circunscribe un campo de pertinencia particular (...). Esos sujetos, desprovistos de realidad sustancial, no son más que seres ideológicos determinados y definidos únicamente por el conjunto de máximas isotópicas en que el sistema ideológico les permite ubicarse” (Angenot, 1982: 8).

contradicciones y legitimados en la discursividad dominante para empuñar decires-otros que hemos sido capaces de pronunciar en clave feminista como “un continuo atravesar fronteras [...], un volver a trazar el mapa de los límites entre cuerpos y discursos” [flores: 225]. La exploración poética que ello implica reconfigura significados y concepciones, crea experiencia para nosotras porque nombrar lo vivido –ya sea el sufrimiento, la incomodidad o el placer- con palabra propia, de manera que permite sea escuchada, reconocida, revivenciada por un *nosotras* entendido en tanto comunidad de pertenencia, habilitando así otras modalidades para transitar la vida. La confianza de val en que “toda insurgencia será labor de las palabras” [220] refiere a las posibilidades que alberga el discurso que excede lo que está expresado en las categorías discursivas dadas (hegemónicas). Así, val afirma con Deleuze: “Escribir es un asunto de devenir, siempre inacabado, siempre en curso y que desborda cualquier materia vivible o vivida. Es un proceso, es decir, un paso de vida que atraviesa lo vivible y lo vivido” [221]. Se trata de una tarea política que confía en la invención de un idioma propio que rebase lo institucionalizado, permitiendo abrir un trabajo de articulación a contrapelo.

También Gilda Luongo refiere a la escritura como una actividad ética, estética y política de exploración de los bordes de la experiencia. De hecho afirma que “considerar las zonas de producción que provienen, en su anchura, desde los territorios signados por la diferencia sexual” (...) “podría implicar la realización de la idea nueva de lo que es escribir” [Luongo, 2015: 5]. Para reflexionar sobre ello parte de “situar a la escritura de mujeres en América Latina como una trama simbólica compleja relativa al campo de los ejercicios de poder protagonizados por las diferencias y las relaciones sociales enmarcadas por la producción de ideas de los sujetos singularmente diferenciadas” [4]. En ese juego de *límites y presiones* [Williams: 107], que constituyen las condiciones históricas en las que las subalternas producen discursos, los lenguajes de mujeres disidentes y de las feministas han sabido horadar lo establecido desde los márgenes.

Según Gilda, la tenacidad de ese gesto político ha dado lugar a discursos convocantes a un hacer emancipatorio, en un devenir siempre inacabado. En sintonía con val flores, Gilda Luongo identifica

en esa conquista un proceso continuo de rebelión contra las certezas y contra la clausura, hacia adentro y hacia afuera. Hay algo del orden de lo incesante que no se resigna al silencio, en otras palabras, “el eco de lo que no puede dejar de hablar” [...] “aquello que habla interminablemente” [Luongo, 2015:15]. Se trata de un habla/una escritura que se inscribe en la tensión irresuelta entre lo que no ha sido posible decir y lo que es imposible seguir callando. Poner la experiencia feminista, las vivencias marginalizadas, en el orden del lenguaje implica ingresar en el espacio de lo irresuelto entre silencio y palabra. Así, dar cuenta de la opresión ha constituido para las feministas una herramienta por medio de la cual ha sido posible visibilizar, problematizar, dejar de tolerar y combatir la desigualdad derivada de la diferencia sexual. En ese sentido hay en Gilda un reconocimiento de cierta insistencia de las experiencias que pugnan por ser dichas, como si se tratara de un intento (im)posible por suturar una herida de opresión: “Si al escribir damos lugar a lo incesante, aquello que nunca termina, entonces el tono que nos conmueve es aquel que hace silencio en la escritura para dar lugar al eco de lo que no puede dejar de hablar, así toma forma y sentido aquello que habla interminablemente [...]”

Asumir lo arduo de decir la experiencia inconveniente y ensayar su narrativa constituye un acto ético y político para la praxis feminista, porque hace audible lo inaudito y lo inscribe en el ámbito de lo público. La articulación misma de esta palabra constituye una impugnación al orden hetero-patriarcal, puesto que desafía sus límites, deconstruye sus naturalizaciones, expande para nosotras el horizonte de “lo posible”.

Finalmente, *la escritura política feminista*, conceptualizada como “contra-escritura” en el texto de val flores y como “escritura sinuosa ética, estética y política” en el artículo de Gilda Luongo, se asimila en ambas a una caracterización que condensa impulso-necesidad-deber, toda vez que implica un compromiso con una recuperación de nuestras historias y con la apertura de umbrales hacia modos más vivibles de existencia.

4. Los sedimentos de la voz propia: genealogías intertextuales feministas/lesbianas

Los textos que retomamos en este ejercicio son herederos de una genealogía de escritoras que han revelado la importancia de la escritura para el proceso de transformación subjetiva y colectiva que implicó para ellas el devenir feministas/lesbianas. Adrienne Rich, como una de las voces fundadoras de esta preocupación por subvertir el “lenguaje del opresor”, proponía el ejercicio de “escribir como re-visión”

La re-visión, ese acto de mirar hacia atrás, de ver con ojos renovados, de encarar un viejo texto desde una nueva dirección crítica, para nosotras es más que un capítulo de la historia cultural: es un acto de supervivencia. [...] Y este impulso hacia el autoconocimiento, para la mujer, es más que una búsqueda de identidad: es parte de su rechazo a las fuerzas autodestructivas de la sociedad patriarcal [Rich, 1972: 18].

Sostenemos, a la luz de los textos de Val y Gilda, que en el ejercicio de la re-visión, la intertextualidad lesbiana/feminista³ cumple un papel fundamental. Aquí la intertextualidad funciona en un doble sentido. Por un lado, se trata de una estrategia de sostenimiento y reconocimiento genealógico de las ancestras. Como ha indicado Alejandra Ciriza, las genealogías de las mujeres y las/os marginalizadas/os implican un trabajo paciente de recolección de lo disperso en un tejido frágil y provisorio pero que nos habilita “un cierto horizonte de comprensión, un cierto relato que posibilite el anudamiento del sentido y el trazado de continuidades” [25].

³ Utilizamos la noción de *intertextualidad* en el sentido acuñado por Kristeva (1967), quien toma como base el concepto de *dialogismo* del lenguaje de Bajtín, es decir, entendido como “la existencia en un texto de discursos anteriores como precondition para el acto de significación” [Marinkovich: 3]. Para Bajtín, todo enunciado está orientado “retrospectivamente hacia los enunciados de hablantes previos y prospectivamente a enunciados anticipados de hablantes futuros” [Marinkovich: 4]. Otras variantes de intertextualidad aluden a la diversidad interna de cada texto en cuanto a géneros y discursos, o al diálogo con textos coetáneos. Aquí tomaremos la dimensión vertical de la intertextualidad que resalta los vínculos entre los escritos escogidos y otros que los anteceden.

Bajo esta luz, los escritos seleccionados se vinculan con otros escritos de autorxs feministas/lesbianas en una suerte de “genealogía intertextual”, en la cual se invocan las palabras y las formas de enunciación –ese “método distinto”, a decir de Dorothy Smith- de las ancestras para inscribir el propio relato en la trama del movimiento. Podemos, a través de Gilda, leer y retomar los desasosiegos y las esperanzas de las predecesoras que convoca en sus incertezas:

Tal vez sólo estoy volviendo una y otra vez a esos relatos contenidos en toda la historia de los sujetos feministas de nuestras latitudes. Soy una más de tantas. Una reiteración. Pienso en las iluminaciones que nos donan las teóricas feministas del primer mundo. Luego pienso en las teóricas feministas de nuestra América y sus precariedades. Nos cansamos, abandonamos, dice Adrienne Rich en los ochenta; nos enfermamos hasta morir, parece decirnos Julieta Kirkwood también en los ochenta; nos sentimos desfallecientes nos dijo Amanda Labarca en los años cuarenta del siglo XX. No obstante, perseveramos. Una fuerza, un espíritu, dice Adrienne Rich, el que nos cubre cuando miramos y conocemos a las subalternas y marginadas de nuestro mundo, todas las luchadoras anteriores a nosotras; un impulso compartido; el cenote, dice Gloria Anzaldúa, nos levanta otra y otra vez [Luongo, 2017: 25-26].

En el escrito de val, la hallamos definiéndose como

una epígona de las huellas de aquellas políticas y estéticas que sitúan la subjetividad política, la experiencia del erotismo, los usos e invención de los placeres del cuerpo, el cuidado de sí y de las otras, una política amorosa pero no romántica, una conexión de las diferencias, como un ejercicio epistémico de descentralización [flores: 214-215].

Por otra parte, podemos señalar en Gilda que el ejercicio genealógico es “una labor de reencuentro en la escritura con lo perdido/arrebatado, [en la cual] algo se revela vinculado con aquello que las poetas devienen, llegan a ser” [Luongo, 2017:9]. En este devenir encontramos la segunda inflexión que pretendemos atribuirle a la intertextualidad feminista/lesbiana: constituye una herramienta que aporta a la práctica de la re-subjetivación a través de la búsqueda y experimentación de un lenguaje propio. Ese lenguaje no sería una creación individual sino que se yergue, inestable y tentativo, sobre los sedimentos de las voces de las ancestras, sus experimentaciones, sus

palabras acuñadas, eso que pudo ser arrebatado a la inefabilidad y traído al territorio del lenguaje de manera articulada y/o poética. Así, la genealogía intertextual también permite pensar(se) y escribir(se) con/a través de las herencias escriturales en las que se halla afinidad experiencial, un hogar al menos provisorio: “No cabe duda, volver una y otra vez a la lucidez de las pensadoras y activistas feministas que han pavimentado caminos. De este modo, una y otra vez volveremos a insistir en esa argamasa, en su peso, en su densidad, en su mezcla, en sus relieves diversos para construir/deconstruir/construir interminable y reiteradamente” [Luongo, 2017:26].

Los sedimentos intertextuales hallados tienen una profundidad insospechada a simple vista. Tomando una de las nociones centrales en el escrito de val, la consigna de “escribir contra sí misma”, podemos considerarla como heredera del “sujeto excéntrico” de Teresa de Lauretis, quien a su vez retoma a Monique Wittig en “No se nace mujer” (1992/2006). Wittig afirmaba que

La conciencia de la opresión no es sólo una reacción (una lucha) contra la opresión: supone también una total reevaluación conceptual del mundo social, su total reorganización con nuevos conceptos, desarrollados desde el punto de vista de la opresión[...] llamémosla una práctica subjetiva, cognitiva.” [Wittig: 41-42].

Sobre esa base, de Lauretis propone un desplazamiento y un autodesplazamiento:

dejar o abandonar un lugar que es conocido, que es un ‘hogar’ - físicamente, emocionalmente, lingüísticamente, epistemológicamente- y cambiarlo por otro que es desconocido, que no es familiar ni emocionalmente, ni conceptualmente; un lugar desde donde hablar y pensar son, en el mejor de los casos, tentativos, inciertos, no-autorizados” [de Lauretis: 7].

Pero, advierte de Lauretis, “la partida no es una elección, ya que en primer lugar, no es posible vivir allí” [7]. Entonces, estas “prácticas subjetivas, cognitivas” que postula Wittig, que recupera de Lauretis, que ejercita val, tienen que ver con la supervivencia de la que hablan Rich y Lorde.

No obstante la intertextualidad no se agota allí. Siguiendo las ramificaciones genealógicas, éstas se disparan desde Wittig hasta Safo, pasando por Renée Vivien y Violette Leduc, tal como ha señalado Elaine Marks en su escrito *Intertextualidad Lesbiana* (1979), a quien le debemos la inspiración para este ejercicio. Marks señala que Wittig es un parteaguas en las intertextualidades lésbicas porque recrea a Safo y permite inscribir a Vivien y Leduc en una genealogía propia de escritos que despliegan las experiencias lesbianas por fuera de la mirada androcéntrica, aportando a prácticas lingüísticas que asumen la des-domesticación de las mujeres [377]. En este sentido, de Lauretis subraya la apreciación de Marks sobre “El cuerpo lesbiano” de Wittig, donde considera “ha creado, a través del uso incesante de la hipérbole y del rechazo a emplear códigos corporales tradicionales, imágenes lo suficientemente provocadoras como para no ser reabsorbidas por la cultura literaria masculina” [Marks: 377; de Lauretis: 24]. Es decir, que las prácticas literarias de esta genealogía, especialmente modeladas por Wittig y val, escapan de la reapropiación por parte de la cultura androcéntrica porque operan por fuera del lenguaje del opresor y de sus métodos de enunciación.

Volviendo a val y Gilda, encontramos y celebramos sus esfuerzos continuos de ruptura con “el lenguaje del opresor”, pero también de exploración de otros horizontes discursivos fundados en genealogías otras, a través de una escritura que escapa de la dicotomía y que abraza la ambivalencia y la multiplicidad:

Me propuse escribir poéticamente [...] esta proximidad/cercanía con [las escrituras de las mujeres mapuche] relativa a mi propio nomadismo como creadora-investigadora a la intemperie. Celebro su emergencia pública, su resistencia y circulación por distintos circuitos culturales, celebro que existan en nuestro horizonte múltiple para ser leídas con disfrute y fruición feministas, para que sus ideaciones de lenguaje en español, -“esa lengua meretriz” (como dice la poeta Adriana Paredes Pinda en su escrito “De por qué escribo”- (2010: 413)) y en mapudungun, galopen sin límite entre la liberación y la libertad” [Luongo, 2017: 8].

El ejercicio de la escritura poco tiene que ver con el resguardo en la seguridad de un yo, de amparo frente a las dificultades del mundo de la vida, sino que es apertura a una amenaza, al riesgo de

convertirse en otra. Ha sido un espacio de confrontación y diálogo, para buscar desde la propia práctica hacerme cargo de mí misma / nosotras mismas; de mi / tu / nuestra herida, mi / tu / nuestro daño, de mi / tu / nuestro miedo, de mi / tu / nuestro cuerpo, de mi / tu / nuestro afecto pero, sobre todo, de mi / tu / nuestro placer y mi / tu / nuestro deseo. Por eso, para mí las prácticas literarias —como la poesía— son parte de las prácticas de pensamiento, porque son experiencias de la extrañeza [flores: 221].

5. A modo de cierre

Nuestra lectura se ha organizado como una operación para la conversación entre las autoras val flores y Gilda Luongo. En ella se busca desplegar y explorar, entre los pliegues, los entramados conceptuales relativos a la tensión entre experiencias y lenguaje feministas, y a la función genealógica de la intertextualidad feminista/lesbiana. Al mismo tiempo, esa conversación de escrituras se trama con otra dinámica dialógica que convoca a pensadoras que han reflexionado insistentemente sobre el silencio y los intentos de toma de la palabra de las mujeres y disidencias sexuales contra “el lenguaje del opresor”. Se pone así en el centro de la escena los anudamientos entre lo dicho y lo no dicho; entre lo habilitado en una situación histórica para ser pronunciado y aquello que insiste/irrumpe en las fronteras de la enunciabilidad. En conflicto con lo hegemónico las mujeres y les disidentes dicen a contrapelo, resisten al silencio, habitan contornos en sus prácticas discursivas, dan lugar a otras escuchas, fundan modos propios de convertir lo innominado en contenido para las resistencias y las luchas antipatriarcales.

Habitando esas tensiones entre las experiencias de la diferencia sexual y las posibilidades y los límites del lenguaje, flores y Luongo elaboran respuestas tentativas acerca de la *escritura política feminista*, surgidas de la experiencia de una praxis anti-patriarcal que problematiza tanto las relaciones sociales como las propias modalidades para transitar la vida.

Habitando el inestable y provisorio hogar cimentado en las voces de las ancestras, val y Gilda inscriben su escritura en genealogías

intertextuales feministas/lesbianas que se proyectan en contra/a pesar/por fuera del “lenguaje del opresor”.

Bibliografía

- ANGENOT, MARC. 2007. “Presupuesto/topos/ideologemas”. *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Paris: Payot. Páginas 1-14 [Traducción de L. Varela].
- CIRIZA, ALEJANDRA. 2008. “Genealogías feministas y memoria: a propósito de la cuestión de la ciudadanía de mujeres”. Ciriza, Alejandra (coord.). *Intervenciones sobre ciudadanía de mujeres, política y memoria. Perspectivas subalternas*. Buenos Aires: Feminaria Editora.
- DE LAURETIS, TERESA. 2014. *Cuando las lesbianas no éramos mujeres*. Córdoba: Bocavulvaria ediciones [2001].
- FLORES, VAL. 2010. “Escribir contra sí misma: una micro-tecnología de subjetivación política”. Espinosa Miñoso, Yuderkys (coord.). *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Buenos Aires: En la Frontera.
- KRISTEVA, JULIA. 1967. “Word, Dialogue and Novel”. Toril Moi, Toril (ed.) *The Kristeva Reader*. Oxford: Blackwell. Páginas 34-61. [1989]
- LORDE, AUDRE. 1984. *La hermana, la extranjera*. En línea: <https://glefas.org/download/biblioteca/feminismo-antirracismo/Audre-Lorde.-La-hermana-la-extranjera.pdf>
- LUONGO, GILDA. 2015. “Escritura y mujeres. Una revuelta estridente/silenciosa”. En línea: <http://www.bibliotecafragmentada.org/wp-content/uploads/2014/02/Escritura-y-mujeres-Luongo-30-01-14.pdf> [21/1/2018]
- _____. 2017. “Desplazamientos: escrituras/diferencia sexual/memoria/política”. Inédito.
- MARINKOVICH, JUANA. 1998-1999. “El análisis del discurso y la intertextualidad”. *Boletín de Filología*, Vol. 37, n° 2, 729-742.
- MARKS, ELAINE. 1979. “Lesbian Intertextuality”. Stambolian y Marks (eds.). *Homosexualities and French Literature*. Ithaca: Cornell University Press.
- RICH, ADRIENNE .1972. “When We Dead Awaken: Writing as Re-Vision”. *College English*, Vol. 34, n° 1, 18-30.
- _____.1984. “Sangre, pan y poesía: La posición de quien es poeta”. *Sangre, pan y poesía*. Barcelona: Editorial Icaria.
- _____. 2002. *Poemas, 1963-2000*. Barcelona: Editorial Renacimiento [Trad. Soledad Sanchez Gomez].
- SMITH, DOROTHY. 1986. “El uso del lenguaje del opresor”. *El mundo silenciado de las mujeres*. Santiago de Chile: Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación. [Trad. Carmen Varas].
- WILLIAMS, RAYMOND. 1980. *Marxismo y Literatura*. Barcelona: Península.
- WITTIG, MONIQUE. 2006. “No se nace mujer”. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona: Egales.